

memoria de lo invisible

Los gays en México: la fundación, la ampliación, la consolidación del *ghetto**

Carlos Monsiváis

A Nancy Cárdenas. *In memoriam*

Nota preliminar

En primera instancia estas notas se originan en mis diálogos con un grupo amplio de personas, algunos de ellos testigos de los hechos narrados, o amigos cercanos de participantes en la primera mitad del siglo xx. A lo largo de varios años, he tomado notas de estos diálogos procurando unir los testimonios y las constancias escritas en un relato de costumbres marginales. Mi intento “arqueológico” tiene un origen: si en México la diversidad ya es un hecho asumido, son útiles los acercamientos a una de sus representaciones extremas, la minoría combatida, invisibilizada por un periodo muy extenso y, a pesar de todo, persistente y numerosa. Una advertencia: por la información disponible, la mayor parte de estas notas se centra en un sector de clases medias y ocasionalmente, de burguesía. Por buenas y malas razones ellos representan al conjunto de la vida gay, mientras la indagación histórica no diga lo contrario.

* Este artículo es una continuación de “Los iguales, los semejantes, los (hasta hace un minuto) perfectos desconocidos (A cien años de la Redada de los 41)”, aparecido en *debate feminista*, año 12, vol. 24, octubre de 2001. El autor ha prometido una tercera entrega para cubrir el periodo histórico que llega hasta nuestros días.

La creación del “El Ambiente” (1920–1960)

Hay gran copia de efebos cuya impudicia aterra
y dicen que son males que trajo la posguerra.
Renato Leduc

En la década de 1920, sin que se advierta con precisión, ya es inevitable la presencia de aquellos gays que, por su dinero o su prestigio, se eximen en alguna medida del acoso. Gracias a su desafío se vigorizan y por así decirlo se institucionalizan las “zonas de estridencia y provocación”, en rigor zonas de resistencia, la única posible entonces, mínima y máxima. (Con su mera oposición al matrimonio, *los solterones* crean el primer ámbito de autonomía.) Si el gay de clases populares o clase media baja, bajo el andamiaje del terror que incluye burlas, despidos, golpizas, ostracismo, cárceles, incluso asesinatos, no tiene posibilidades de actuar, los gays con dinero y/o prestigio establecen el *ghetto*, el universo subterráneo que halla con rapidez códigos, lenguaje y “zonas morales”. Solterones por lo común (el término mismo es un homenaje de la hipocresía a la obviedad), los gays suelen habitar en casas saturadas de antigüedades o en departamentos de muy buen gusto, ya que no en balde casi todos los decoradores de una larga etapa son gays. En el despliegue de sus gustos vinculan lo moderno y lo tradicional, localizan la música “afín” a su sensibilidad y en buena medida la ponen de moda, y se divierten minimizando el poder de la mirada ajena.

¿Qué más? También subrayan su modo de vida y su independencia del Qué Dirán. Con más dinero por lo general que los casados de su clase y su edad, los gays de esta generación se visten “enfadosamente”, hablan varios idiomas con fluidez, son *habitués* de conciertos y obras de teatro (en especial, son *opera queens*), y son devotos de los y, sobre todo, *las* cantantes populares “con estilo”. El Ambiente (expresión derivada del *slang* de Norteamérica, donde al principio se les llama gays a los homosexuales por su estado permanente de euforia) produce numerosos excéntricos, algunos de ellos con talento. Sin duda, lo memorable de una etapa de conformación del *ghetto* es la lista de personajes públicos, secretarios de estado, escritores, artistas, políticos. En términos comparativos, la lista es abundante. Luis Montes de Oca (secretario de Hacienda del presidente Plutarco Elías Calles), Genaro Estrada (secretario de Relaciones Exteriores de Calles), los pintores Roberto Montenegro, Alfonso Michel, Agustín Lazo, Manuel Rodríguez Lozano, Abraham

Ángel, los poetas Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo y Elías Nandino, los compositores Gabriel Ruiz y Pepe Guizar, el cantante José Mojica... y actores, escenógrafos, decoradores, modistos. En esta sociedad también participan miembros de familias porfirianas o ya de la élite revolucionaria.

En un medio pequeño los que son y los que suelen estar se conocen y el “entrar al Ambiente” (esto es, asistir sistemáticamente a reuniones y lugares, uniéndose a la comunidad a través de la frecuentación amistosa, el lenguaje y los gustos públicos) es un acontecimiento casi formal. “Es nuevo en el Ambiente/ Cuando entré en el Ambiente”. La pátina internacional se consigue de la manera clásica: los viajes a Europa, las temporadas al año en Acapulco (Semana Santa y fin de año), la ida a Los Ángeles a vislumbrar Hollywood y visitar, digamos, al galán de la pantalla Ramón Novarro, los viajes a Nueva York a bares, fiestas y comedias musicales en Broadway. Y el límite del ánimo fiestero no es la opinión sobre ellos de sus vecinos, sino la información que los vecinos podrían darle a la policía.

¿Cómo se interiorizan los epítetos: *joto, maricón, loca, puto, volteado, pederasta, desviado, invertido, tú la tráis, del otro lado*? Por los testimonios se clarifica la técnica de asimilación. El gay se distancia de las condenaciones que se le dedican, y suele desdeñar los insultos que de tan hirientes son parcialmente irreales: ¿por qué una persona debe asumir las agresiones dedicadas a la especie? Y “lo intensamente real” de los gays se centra en el coito, en el diálogo con los iguales centrado obsesivamente en el sexo. Al ser tan costosa en lo psíquico y lo social la disidencia, acrecientan su valor los actos sexuales y el idioma del *ghetto*. (En situaciones de riesgo cada orgasmo vale diez o veinte orgasmos convencionales, diría el celo estadístico de los involucrados). Lo que se llama “el joteo” es, en un principio, la inversión del *habla macha* de las cantinas, otro lenguaje escénico, otra sucesión de fantasías verbales (en el caso de las cantinas, no sin consecuencias) que inventan la personalidad anhelada. Si los heterosexuales “machean”, los gays bien pueden “jotear”. Con gestos, frases e ingenio muy entrenado, se trazan las psicologías que mezclan lo autocelebratorio con la autodenigración. Y el gay, también, desprecia a los que comparten su orientación. En sus memorias, el doctor y poeta Elías Nandino (1900-1987) expresa en una escena de la década de 1930 su “menosprecio de la especie”:

Nunca tuve relaciones con afeminados, ¡nunca!

Otra vez encontré en la calle a una criatura linda. Primero le invité una cerveza y después propuse que fuéramos a mi estudio para enseñarle unos libros y platicar más a gusto. Rápido llegamos a las caricias y ya que nos íbamos a acostar, mientras nos quitábamos la ropa se acercó a un espejo que había y dijo:

—¿Verdad que tengo muy bonito cuerpo?

Al oírlo pensé: “¡Ah caray, éste es de los otros!”

—Acabo de recordar que tengo que atender un asunto pendiente, contesté. ¿Qué te parece si mejor bajamos, hablo para ver si no es necesaria mi presencia, merendamos y luego volvemos a subir?

—Por mí ¡encantado! No te apures.

Fuimos a un café de chinos de mucho ambiente que está cerca de la Escuela de Leyes, en el Centro. Lo senté, hice como que iba a hablar y al regresar le dije:

—Fíjate que tengo que ir urgentemente a ver un enfermo, pero toma, te dejo dinero para que cenes y aquí nos vemos pasado mañana, a esta hora.

Salí como si fuera huyendo de la peste.

Jamás me gustaron los afeminados ni fui capaz de acostarme con alguno. En cuanto veía algún dengue entre mis prospectos inmediatamente lo cortaba.

Lo bonito es amar con hombres.

(En *Eliás Nandino, Una vida no velada*, de Enrique Aguilar. Editorial Grijalbo, 1986).

El mecanismo de Nandino es transparente, y es el de la mayoría de los gays de ese tiempo. Para conservar el prestigio íntimo y no “salarse”, el gay no debe acostarse con sus iguales.

En las penumbras se conforma el *ghetto*. Por eso el verbo que se usa como señal es *entender*, esto es, saber con exactitud el significado del *otro comportamiento*. *El entendido* domina los secretos: quiénes son sus semejantes, en qué consisten las reuniones, cuál es el idioma secreto, por qué se asiste a los bailes anuales como si se fuera a una batalla, quiénes son los que se ocultan de todos menos de unos cuantos, aquellos que, porque les consta, los delatan.

“Soy elegante no por distinguirme de los demás, sino con tal de distinguir la vulgaridad de los demás”

Durante una larga etapa los testimonios no varían, y el código de comportamiento de los gays de la sociedad se vuelve un ritual. Anótense la languidez, la ironía (en el sentido de *wit*, de ingenio epigramático),

la cultura superior al promedio y muy elevada en lo tocante a las artes, el nacionalismo sentimental (si alguno). El común denominador es el afeminamiento.

Estos esnobs y dandis, los de “la primera generación de homosexuales en México”, aspiran wildeanamente a ser “una obra de arte” o a portar una obra de arte, y en pos de la metamorfosis se rodean de objetos del Oriente o de la era victoriana o del virreinato, o del siglo XIX mexicano, mientras su guardarropa se adelanta a su tiempo. Y —sin imaginar siquiera lo descrito por ese término— suelen ser *camp*, esa técnica gay que descubre y exalta los estilos desbordados, las madrigueras del manierismo. En su célebre ensayo, Susan Sontag define el *camp*: “Es una manera de ver el mundo como un fenómeno estético, no en la adopción de la belleza, sino en términos de artificio y estilización”.

Los gays aman a las divas, sean de Hollywood, de la ópera, del cine mexicano o de la canción popular, y de ellas desprenden el tono fársico o el melodramático, y por ellas adquieren lo esencial del repertorio (el museo) de gestos que conforma una cultura y eleva a sus “altares” a lo vulnerable y lo absurdamente bello. Su modelo inevitable es europeo al principio y luego, ya en forma orgánica, norteamericano, y su capital simbólico es la elegancia. En un sentido muy preciso, el guardarropa es su “ideología”, no tanto por la frivolidad ostentosa, sino porque la adoración de la apariencia es la proclamación divertida de la disidencia. Cuando Ignacio de la Torre, yerno de Porfirio Díaz, le enseña a sus invitados el clóset que contiene doscientos pares de zapatos, y comenta: “Esto, señores, es mi biblioteca”, no se jacta de su ignorancia, aunque la tenga, sino de su pose de dandy. (Afirma Oscar Wilde: “Los solteros ricos deberían pagar más impuestos. No es justo que unos sean más felices que los otros”.)

Los predisponga o no su naturaleza física, los gays deben ser obviamente afeminados, de voz dulzona y cejas depiladas, con el *darling* como muletilla verbal, cobardes por definición, “científicos del vestuario”, de observación precisa al armonizar una sala o una recámara, al intuir las combinaciones del color o al disponer de las corbatas que resaltan sin deslumbrar. Ser afeminado es asumir de antemano la condición de vencido y transformarla hasta donde se puede en las victorias de la forma sobre cualquier pretensión de contenido.

El nacionalismo revolucionario contra los maricones

La izquierda marxista y el nacionalismo revolucionario coinciden ampliamente durante el auge del radicalismo (1925-1940, aproximadamente). Un punto de acuerdo es el desprecio hacia los homosexuales. En un artículo intitulado “Arte puro: puros maricones”,¹ Diego Rivera se expone contra el arte purista, “el método lacayesco de ofrecer al burgués que paga un producto que no amenace sus intereses”, y se enfada:

Por eso el “arte puro”, “arte abstracto”, es el niño mimado de la burguesía capitalista en el poder, por eso aquí en México hay ya un grupo incipiente de pseudo plásticos y escritores burguesillos que, diciéndose poetas puros, no son en realidad sino puros maricones.

Documentos: la visión penal del estado

En el artículo 53 del Código Penal de Veracruz (1931) se establece:

El estado especial de predisposición en una persona, del cual resulte la posibilidad de delinquir, constituye peligro socialmente.

Se consideran en estado peligroso: I. Los reincidentes y los habituales; II. Los alcohólicos, los toxicómanos, los fanáticos, los invertidos y demás defectuosos mentales.

En 1944, Francisco González de la Vega, una eminencia jurídica según consta en la enumeración de honores que acompaña a su nombre en sus libros, termina su *Derecho penal mexicano*.² En el tomo III dedica unas páginas a la homosexualidad donde comparte el criterio, avanzado para la época, del jurista español Jiménez de Azúa:

424. El *homosexualismo* es una fijación irregular del instinto sexual que tiende a la satisfacción erótica con personas del mismo sexo, llamado *amor socrático* para los varones y *amor lésbico* o *sáfico* para las mujeres. Generalmente los homosexuales activos o pasivos se clasifican en: a) absolutos; b) anfigenos o sea los que sienten entusiasmo por ambos sexos; y c) ocasionales o sea los que por circunstancias especiales practican la inversión, pero que vueltos a condiciones sociales normales de vida adquieren hábitos ordinarios, v. g. los presidiarios.

¹ *Choque*, Órgano de la Alianza de Trabajadores de las Artes Plásticas, núm 1, marzo de 1934. Reproducido en *Textos polémicos*, El Colegio Nacional, 1999.

² Editorial Porrúa, México, 1945.

El homosexualismo ha sido de las perturbaciones sexuales la más discutida dentro del derecho penal y la que representa soluciones legislativas más contradictorias. Ya sabemos, por explicaciones vertidas con anterioridad en este mismo capítulo, que no sólo la práctica de la inversión sexual sino todos los actos de fornicación extramatrimonial eran reprimidos penalmente en las épocas en que, por exagerada influencia de las ideas religiosas, se confundían los pecados de lujuria con los delitos sexuales. Rebasada esta época, en la edad contemporánea los países de tradición latina han permanecido generalmente indiferentes ante la práctica de los actos de *sodomía ratione sexus*, salvo cuando éstos se realizan con empleo de fuerza física o intimidación moral, o cuando se practican en menores constituyendo así *pederastía*, o cuando se efectúan escandalosamente. Por vía de excepción algunos Códigos latinos como el chileno sanciona al que se hiciere reo del delito de *sodomía*, y el derogado Código español de 1929 punía al que habitualmente o con escándalo cometiera actos contrarios al pudor con personas del mismo sexo.

En cambio, generalmente los países sajones y anglosajones sancionan el homosexualismo en sí mismo considerado. Código alemán, noruego, la legislación inglesa y la de los Estados Unidos, etc.

La legislación mexicana no contempla como figura de delito la práctica de la inversión sexual debiéndose, sin embargo, notar: que el acto homosexual realizado por *fuerza o intimidación* integra delito de *violación* (v. adelante núm. 517); que cuando recae en *menores* (pederastía) puede constituir *delito de corrupción* a que se refiere el art. 201 del C. P.; que las acciones de lubricidad realizadas en personas del mismo sexo sin propósito inmediato y directo de llegar al ayuntamiento en púberes sin su consentimiento o en impúberes, reúnen las características del *atentado al pudor* (v. adelante núm. 443); y que cualquier acto escandaloso por su publicidad efectuado por razón de homosexualismo encuadrada en la tipicidad del delito de *ultraje público al pudor* descrito en el art. 200 del C.P.

Valorando el homosexualismo a la luz del derecho penal, que en materia de sexualidad desordenada no debe invadir el puro terreno de la conciencia o moral individuales, limitándose a tutelar intereses tan preciosos como los concernientes a la libertad o la seguridad sexuales —mínimum ético indispensable para la vida colectiva—, nos parece correcta la actitud de los códigos mexicanos obedientes a la tradición latina de indiferencia ante estos problemas, y, en la materia, nos unimos a la opinión de Jiménez de Asúa (190) —el ilustre profesor desterrado de su cátedra española pero, por derecho propio, honorario huésped de las Américas— destacada en los párrafos que en seguida trasladamos: “En la época en que todos los actos humanos se ponían a cargo de la voluntad, parecía lógico castigar a los homosexuales, no ya en el caso de que trataran de practicar por la fuerza sus uniones extraviadas— lo cual está hoy penado con justicia como abusos deshonestos contra el individuo— sino incluso cuando sus actos contra natura se realizaban libremente entre personas de iguales tendencias o bien mediante un convenio voluntariamente estipulado. En estos últimos casos el castigo tenía lugar en defensa de las buenas costumbres. Pero aún se mantiene en leyes vigentes y en Códigos proyectados este viejo criterio sin violencia ni engaño. Estas penas que algunos Códigos y modernos proyectos imponen a los homosexuales, están orientados en

torpísimas concepciones médicas, o mejor dicho en la ignorancia de los problemas más elementales de patología sexual. Lejos de afirmarse hoy que el invertido es un delincuente, se procura la búsqueda de interpretaciones científicas a cuya luz aparece claro que el *amor socrático* y el *amor sáfico* no son actos delictivos, son hechos reveladores de trastornos constitucionales del sujeto. En todo ser, varón o hembra, existen además de los rasgos morfológicos de su sexo, vestigios de los del sexo contrario, recuerdo de la primera época del feto en que el embrión era bisexuado. La secreción interna de la glándula genital correspondiente —ovario en la mujer, testículo en el hombre— conserva e impulsa los rasgos sexuales específicos: pero otras secreciones internas probablemente emanadas de la corteza suprarrenal, por lo menos en su mayor parte (quizás también de la hipófisis), pueden actuar, excitando la reviviscencia de los caracteres sexuales contrarios. La energía de las hormonas homosexuales (ovario en la hembra, testículo en el macho) mantiene apagadas las hormonas heterosexuales y da lugar a la mujer morfológica y psicológicamente muy femenina y al hombre muy varonil. Mientras que el estado hormonal inverso, esto es, la relativa debilidad de las hormonas homosexuales, da lugar al hombre afeminado y a la mujer varonil (Marañón). No basta, pues, uno de los elementos hormonales para que se verifique la tendencia a la inversión sexual; son precisos los dos... Un tratamiento médico opoterápico bien dirigido; prudentes operaciones quirúrgicas en ciertos casos; y a lo sumo, cuando el sujeto haya demostrado ser peligroso para la sociedad y los particulares, medidas asegurativas de custodia y protección, constituyen el único tratamiento eficaz contra los homosexuales”.

La provincia: “Si te quedas, aguántate”

Fuera de la Ciudad de México, de su medio intelectual y artístico y de su vida nocturna, impera el espíritu provinciano, mezcla de fundamentalismo católico y analfabetismo científico. En las regiones, se prodigan las golpizas, los encarcelamientos, las expulsiones de las familias, los despidos, las humillaciones constantes. En el Istmo de Tehuantepec a los niños de modales “afeminados” se les educa como mujeres (el equivalente de los berdaches).

Los casos de Alfonso Michel y Chucho Reyes son significativos. Michel, un pintor extraordinario, al volverse a Colima, su tierra natal, resulta una provocación y paga las consecuencias. En *Alfonso Michel. Mito, leyendas*,³ Jorge Chávez Carrillo documenta el acoso. Entonces, y la práctica continúa hasta la década de 1960, son frecuentes las *cuerdas*

³ Universidad de Colima, 1993.

(los envíos de presos al penal de las Islas Marías, entre las que se incluyen los homosexuales detenidos al azar). En 1932, llega *la cuerda* a Manzanillo, y Michel, también llamado el Chopín, corre peligro:

La Gallina reconoció al “comisionado” parado en la puerta. “Te habla Marentes”. El Feo lo atajó: “¿Qué pasa?” A las seis llega la cuerda, viene el tren a tiempo... ai tú sabes.” Recibió un peso a cambio de la noticia y siguió el camino para prevenir y cobrar por los avisos. El Feo corrió tras Alfonso pero no lo alcanzó ni en el leonero ni en otro lado.

El Feo buscó a Severo. “Encuentra al Chopín y escóndelo a güevo...” Chopín pasó la noche en la playa de La Audiencia conducido a punta de pistola a un solitario y apartado paraje por Severo Lezama, matón por encargo que le debía al Feo la vida...

En la tarde se movilizaron los soldados de la guarnición de la plaza y el destacamento de marinos acantonados en el puerto en la maniobra para asegurar a la población durante el embarque de los sentenciados a prisión en las Islas Marías, criminales y ladrones.

El anuncio de apresar a los jotos para desterrarlos como profilaxis social agregándolos a la cuerda, se prestaba para que se dijera que el gobierno era moral, y también para el chantaje, disimulo y la huida a un escondite a cambio de pesos fuertes o alhajas. Jorge Michel andaba en Colima en una diligencia en Palacio; ahí mismo lo paró el recadero con la noticia amenazadora. Chopín no peligraba en Colima si le entregaba el dinero por el aviso.

En el puerto de Manzanillo se tendió la redada en la Pedregosa, buscando a la “Pola Negri”. Los de la policía secreta se toparon con el garrobo querido del puto; entre órdenes, gritos y mentadas de madre arremetieron. Uno de la “secreta” se dobló herido con verdugillo por el mayate. En la resistencia lo acribillaron a balazos, “Pola Negri” amarrado, aullaba como fiera herida. El portero del burdel, don Blas, amaneció muerto de muerte natural, tieso del susto. Por el rumbo se completó la cuota. En la noche, esposados y embarcados los homosexuales, velaron hasta el amanecer esperanzados en un milagro. El barco de la armada levó anclas. Dicen que en altamar murió la “Pola Negri”.

Severo Lezama entregó al Chopín a las siete de la mañana sano, asustado pero completo. La Gallina le dio un té para el soponcio y un almuerzo para la desvelada.

A Jesús Reyes Ferreira, otro artista notable, se le detiene con las acusaciones de “invertido, corruptor de menores y organizador de saturnales” en su domicilio “sito en el cruzamiento de la calles Ocho de Julio y Morelos” (*Las Noticias*, de Guadalajara, 19 y 2 de junio de 1938). En su muy informado recuento *Oblatos-Colonias. Andanzas tapatías*,⁴ Juan

⁴ Campo Raso, 2001.

José Doñán complementa la información que solía proporcionar el propio Chucho Reyes, al que se le aplica entonces el método de costumbre, a él y a otros detenidos se les saca de la Comisaría a las seis de la mañana, se les hace barrer las calles rumbo a la estación de trenes y se le envía a la Ciudad de México. En el camino, los espectadores les gritan, los escupen y les arrojan objetos. Entre quienes apoyan la expulsión se hallan los integrantes del Bloque de Obreros de Artes Plásticas, de izquierda.

A *los jotos* se les deshumaniza a fondo. En *Historia de lo inmediato*, el poeta y cronista Renato Leduc da su versión de la Feria de San Marcos en Aguascalientes:

Pero el *clou* —como dicen los franceses—, o la cereza del helado de la feria, son los puestos de pollo de los maricones. A la salida de los gallos, de la partida, de los tablados, no hay feriante ni familia local que no pase a saborear el plato de pollo, de enchiladas u otro antojito a los puestos alineados en un costado del bello Jardín de San Marcos y a bromear sanamente con los afeminados que los atienden: son hacendosos, serviciales, amables y discretos... “Unas pobres muchachas que se ganan la vida honradamente”, según explicó uno de ellos al gobernador Rodríguez, quien los conminaba se ataviaran y se pintarrajearan menos escandalosamente. En ellos se duplica todo el repertorio del cine nacional: Hay *la Pinal*, *la Tongolele*, *la María Félix*, *Toña la Negra*, etcétera. Hay otros con motes más originales. Una noche *el Brujo Zepeda*, matador de toros, miraba fijamente al que nos servía. “¿Qué me ves...? , preguntó éste. Y *el Brujo*: “La personalidad que tienes. ¿Cómo te llamas?” Y el tipo: “No soy más que una triste mesera... Me dicen *la Mundial*”. —“Dame tu dirección”, solicitó Zepeda. “Presta un lápiz y un papel” —pidió el tipo. El matador le tendió una pluma y una forma de giro telegráfico, único papel que traía. *La Mundial* examinó cuidadosamente la forma, y con la más graciosa de sus sonrisas dijo: “Te voy a escribir mi dirección aquí donde dice el beneficiario”. Pero era admirable la amplitud de criterio y la condescendencia del pueblo y la sociedad de Aguascalientes hacia esta desviada subespecie humana tanto tiempo marginada... Ahora las cosas están cambiando. El homosexualismo es ya casi un timbre de gloria. “Para hacer carrera en el Servicio Exterior —decía el difunto licenciado Rojo de la Vega—, en México se requiere ser maricón o heredero-porfirista. Algo debe tener esto... Conozco infinidad de putas regeneradas... pero no he visto todavía un solo maricón arrepentido...”.

No han quedado testimonios de los victimados y perseguidos de esa “subespecie humana” que tanto irrita a Leduc. Si en los espacios de “cierta tolerancia” de la capital se institucionalizan las tensiones y los abatimientos psíquicos, en la provincia la única seña de salud mental de los gays es el exilio. Quedarse es asumir el castigo, la burla permanente, el trato reservado a los eternos menores de edad (se emplea con ellos el diminutivo, para subrayar que nunca son adultos), las golpizas,

los asesinatos. Una versión convincente de este acoso es el destino trágico de La Manuela en *El lugar sin límites*, la película de Arturo Ripstein, sobre la novela de José Donoso.

¿Qué “humaniza” en parte? Las cualidades del gay, el saberlos parte del paisaje social, la costumbre de tratarlos, las sensaciones de superioridad que provocan. En su novela *La feria* (1963), Juan José Arreola ofrece un excelente resumen de la mentalidad pueblerina en este tema:

—¿Y qué me dice usted de los otros?

—Los tú me entiendes...

—Los del *yo no sabía*.

—Así era desde chiquito.

—A mí me daban miedo las mujeres.

—¡Ay Dios tú, a mí me dan asco! Fuchi.

—Cuando se te acaba el perfume, me tiras con el pomo...

—Los que se desgajaron como un cerro aparte el día de la maldición.

—El día del cataclismo, el día del terremoto original...

—¡Ay el temblor! ¡Ay el temblor!

—Pues mire usted, a mí me dan risa.

—A mí me dan lástima.

—A veces son muy buenas personas.

—Son buenos cocineros.

—Son buenas costureras.

—Son muy trabajadores.

—Deberían de caparlos.

—Ponerlos a todos a vender tamales en la plaza, con mandiles blancos manchados de mole.

—¡Ay, sí, de mole! ¡Ay, sí, manchados de mole..!

—Mire, mejor vamos hablando de otra cosa. Vamos dejándolos en su mundito aparte, ahogándose como ratas, agarrándose desesperados a un pasaje de San Agustín...

—¡Imagínate tú qué compromiso! Tener que salvar mi alma en este cuerpo tan grandote...

—En este cuerpo de hombre tan feo y tan grandote.

—¡Aquí en la cocina del infierno!

—Probando atole con el dedito...

—Probando atole con el dedote...

—¡Atizando el hornillo! ¡Meneando las ollas del diablo Calabrote!

Arreola capta con agudeza la versión coral del prejuicio. En los pueblos y las pequeñas ciudades sólo se admite la existencia de los gays si recaban el desprecio unánime, y por eso, quien no pregona su condición le niega a la comunidad las oportunidades del repudio:

—Pues mire, yo prefiero que sean así como Celso, maricas con ganas y de a de veras, como unos que vi en la frontera con la boca pintada y con ceja sacada, y no como esos que parecen hombres y que andan por allí con la mirada perdida, mordiéndose los labios. No se les nota nada, si usted no se fija, pero la apariencia de sus rostros testimonia contra ellos, como Sodoma publican su pecado. Se hacen señas unos a otros y se reconocen sin hablarse y quedan en verse quién sabe dónde.

En la provincia hay dos excepciones parciales de la regla del menosprecio, ambas caracterizadas por el alto número de extranjeros: Acapulco y Cuernavaca. En Cuernavaca, las reuniones alrededor de las albercas corren a cargo de europeos o norteamericanos con dinero. Uno de ellos, Joachim von Bloch, se ufana de su pertenencia a la nobleza alemana. (A él lo parodia sin fortuna Luis Spota en *Casi el paraíso*.) Acapulco es un “mercado de la carne” para los turistas de cualquier persuasión.

Los gays de Guadalajara comparten las pretensiones criollas de su entorno, lo que significa orgullo por la prosapia, algo de dinero y demasiado tiempo a la disposición: levantarse tarde, sobremesas dilatadas, noches en vela, fines de semana en Chapala o Los Ángeles. Los gays sirven a la tradición, ponen de realce las genealogías de la “aristocracia tapatía”, estudian y coleccionan el arte virreinal, redescubren el gran arte popular. La Buena Sociedad de Guadalajara admite a “deca-dentes” notorios y dos de ellos, Guillermo Hermosillo, *Guille*, y Gabriel Orendáin, *Gaby*, resultan legendarios. Son elegantes, administran con parsimonia el escándalo, apaciguan con gran elocuencia a sus familias, y son a tal punto escuela de modales, ironía y vestuario que sus anécdotas se coleccionan. Su notoriedad alcanza el nivel de la cultura popular. Según explica Juan José Doñán (*Oblatos-Colonias*), en su honor o en su descrédito se inventa una porra emitida en los encuentros entre dos equipos, el Atlas y Guadalajara. Al ser Hermosillo y Orendáin partida-

rios del Atlas, los del Guadalajara gritan: “¡A la Guille, a la Gaby, a la Ay si tú,/ Atlas, Atlas, Ay Dios tú!”. Una anécdota de *Guille*: mientras da a luz la esposa de su amante (y chofer), se encierra en su recámara para emitir los gemidos y efectuar los movimientos de una parturienta.

Los gays populares de Guadalajara disponen de un espacio legendario, el barrio de San Juan Dios, ya desde los inicios del siglo XX sinónimo de vida gay. Doñán recuerda en *Gente profana en el convento*,⁵ la colección de estampas del pintor Gerardo Murillo, al Dr. Atl. Allí el artista refiere un episodio de 1919 cuando tras la derrota en Aljibes de los carrancistas, a él lo captura una turba, que le quita su ropa, y le adjudica la de una difunta, “una blusa color de rosa llena de encajes”. Se llevan al Dr. Atl a Ometusco, y allí, cuando el oficial a cargo del pelotón ve el aspecto del artista

se rió de mí a sus anchas, y cuando me preguntó de dónde era yo y le contesté con cierta humildad, no exenta de socarronería, que era de Guadalajara y del barrio de San Juan de Dios, el capitán tuvo que cogerse la barriga para no estallar de brisa “¡Claro, dijo, ya me lo figuraba yo!”.

La minoría gay sólo dispone de unos cuantos representantes visibles (que no sean “jotos de tortería”) y su método para “hacer historia” es no desaparecer. En el periodo 1920-50, son “delegados de la especie” los imposibilitados para evitarlo, los carentes del escudo de “la doble vida”. Por eso, la elección de profesiones no sólo es asunto de la vocación (el gusto, la capacidad imaginada o autoconcedida) sino de un criterio pragmático: “En este trabajo mi manera de ser importa menos”. En su turno, los gays de clases populares, esa “masa deseante” desconocida, carecen de la conciencia de lo diferente y, ven en el comportamiento la única teoría válida. “Lo que yo hago es lo que yo pienso”.

Los gremios favorecidos en la selección de símbolos sexuales son los soldados, los marinos, los meseros, los choferes. Se juega al bridge y el póker, y el alcohol es simultáneamente escape y confesionario, autoengaño y aceptación lacrimosa de los padecimientos de la marginación. ¿Cuáles son los pasos de la identidad gay de acuerdo con la sociedad? Los contenidos en los siguientes términos: aberración, anomalía, enfermedad, marginalidad, condición minoritaria. En este sentido, por mal definidas y brumosas que resulten las teorías que cada gay

⁵ Botas, México, 1950.

sustenta sobre su conducta, funciona impecablemente esa sobredeterminación o esa adopción del fatalismo. El determinismo interpretativo colma los huecos de la explicación que vuelve "racional" el deseo y sus prácticas.

Las voces de la denigración

En sus inicios el argot de una minoría nunca es muy amplio, en la medida en que suele imponerse desde fuera, e implica la adopción por sus víctimas del vocabulario peyorativo. Entre otros términos, los pre-
visibles: *Maricón*: de María, la mujer por antonomasia. *Puto*, el equivalente de puta, el que vende su cuerpo. *Joto*: la figura de la baraja, toda engalanada. *Loca*: que pierde el juicio creyéndose mujer. Item más: *Flo-ripondio*, *mujercito*, *piripitipi*, *invertido*, *Tú la traís*, *sodomita*, *pederasta*. Para mujeres: *tortillera*, *manflora*. Y para los prostitutos: el nahuatlismo *mayate*, el insecto que empuja la mierda.

Los bares: al fin solos

Oh, cuánta noche habitan nuestros deseos.
Quevedo. *Marco Bruto*

En 1949 ya existe un lugar gay, el Madreselva, un cabaret pequeño donde *los entendidos* beben pero no bailan, ansían pero no suelen aventurarse más allá de lo verbal, más allá de lo admitido por el juego de las manos bajo la mesa y el "coito visual". Los asistentes temen las redadas y por eso llevan dinero extra y prescindan de anillos y relojes costosos. En 1951, frente al teatro Lírico, se inaugura Los Eloínes, un cabaret amenizado por un conjunto cubano, que mezcla obviedades y sigilos, al amparo de un cuadro enorme de Carlos Mérida, situado detrás de la barra. El dueño, Daniel Mont, el King Kong, convoca a los gays de buena sociedad, que luego del teatro, la ópera o la Sinfónica, cenan en sitios *chic* y —con frecuencia de smoking— se descuelgan en Los Eloínes a "codearse con el peladaje". No hay otra: las reglas del Ligue exigen el *slumming*, la *nostalgie de la boue*, esa "nostalgia del cieno" que obliga a los de la Alta a sumergirse en los barrios bajos, e igualar la cacería de los proletarios con la fascinación del abismo. En Los Eloínes las escenas chuscas se suceden, y una, divulgada mitológicamente, describe la

entrada en el bar de un profesor de literatura, alto y robusto, de voz potente, ansioso de pleito. Se acoda en el mostrador y grita: “Vine a ver si aquí hay un hombre”. Nadie responde y todos siguen hablando sin darse por notificados. Insiste: “Vine a buscar a un hombre. ¿No hay ninguno?”. El barman le pide que se largue, y don Pancho, el profesor, reitera: “Por última vez, ¿qué no hay aquí un hombre?”. Un joven se le acerca y comenta en voz baja: “No, aquí no hay ningún hombre, y la que se va a la chingada para ver si allí lo encuentra, eres tú, pendeja”. Un golpe seco “que retumba” asegura un testigo, el profesor cae fulminado y lo sacan de Los Eloines como un fardo.

La novedad de los lugares es tanta que su atractivo principal es su existencia. Entre los más famosos, Las Adelas, a un costado de la Plaza Garibaldi, frecuentado por travestis, gays en pos de la aventura, turistas y heterosexuales borrachos. En la rockola canciones rancheras, como “Un mundo raro” de José Alfredo Jiménez: “Di que vienes de allá,/ de un mundo raro,/ que no sabes llorar,/ que no entiendes de amor,/ y que nunca has amado”. Los que salen del lugar a las siete de la mañana observan a la cola de señoras con sus botes. A esa hora, Las Adelas se convierte en lechería.

L’Etui, un bar en Avenida Chapultepec y Florencia, afamado por el mesero, Chucho, personaje que conoce a todos, transmite recados, es servicial y es el periódico de la comunidad: “¿Van a ir al velorio de Ramoncito Gay?”. El Eco, en la calle de Sullivan, que es cabaret y restaurante y posee una barra enorme, es la pasarela de los *entendidos*. El Tenampa, el centro de la Plaza Garibaldi, estalla en la madrugada en un girar de opciones sexuales, entre mariachis y confesiones alcohólicas a todo volumen.

La segunda generación de gays

De un modo imposible de precisar, la sociedad y la opinión pública aceptan distraídamente la existencia de los gays, no sin burlas, desprecios y la inevitable deshumanización. Sin embargo, allí están, en los restaurantes de lujo, en los conciertos, en la plaza de la Condesa en Acapulco, en los estrenos de Broadway. En la década de 1950 la red de amistades y conocencias (el *ghetto*) es lo bastante amplia como para aminorar los hostigamientos y asegurar la visibilidad primera. Hay reuniones incesantes y hay anfitriones “institucionales”, y en los testimonios se cita a

dos: Wencho Mont y Morley Webb, *social hosts* insustituibles porque la Buena Sociedad Gay (entelequia que organiza fiestas muy reales) los frecuenta, los visitantes de Estados Unidos y Europa les llaman al llegar a la ciudad, y los “debutantes” de buena presencia buscan conocerlos.

Wencho es un artifice del *open house* y del estar al día en estilos de bada, que enseña obligatoriamente a sus amigos. Morley, un norteamericano muy rico, ofrece una fiesta anual de disfraces de la que no se exceptúa nadie que sea Alguien en el Ambiente. A ellos se agregan otros excéntricos, miembros de familias conocidas, muchas de ellas porfirianas. Así por ejemplo los hermanos Ben-Hur y Emilio Baz Viaud. Ben, diseñador y pintor, vive por largo tiempo en Estados Unidos donde se hace amigo de la élite gay, entre ellos Cole Porter, Christopher Isherwood, George Cukor, Clifton Webb. Cuando alguien de la minoría selecta de los gays viaja a México, Ben Baz es su anfitrión, el que les ofrece cocteles y los relaciona convenientemente. Su hermano Emilio es un gran pintor apenas conocido. Y Arturo Pani, el *Raro*, es un decorador de interiores cuyo sobrenombre le viene de un comentario de su madre. “No, si mi hijo no es joto, sólo es *rarito*”.

Al lado de los recordados, algunos evocan a los “tatuados” por los sobrenombres. Entre ellos, la Virgen del Chingadazo, un anticuario asaltado por un *mayate* que de una cuchillada le marca la cara para siempre. O La Mujer que Espantó a Drácula, el productor de teatro que en sus vanos intentos de seducir practica el *strip-tease* con luces tenues. O El Culo de Nube, orgulloso de su espiritualidad y sus sentimientos religiosos. O Deepy, al que llaman así porque borracho se pone profundo y se interroga sobre el sentido de la vida. (De él se repite su filosofema: “Entre el ser y el no ser hay un abismo”.) O la Confiésome Madre, dueño de una tienda de objetos religiosos que a la menor provocación cuenta sus relaciones familiares (terribles) y la historia de su tío cura que lo violó y ahora lo excomulga.

Están desde luego los modistos. Uno muy afamado es Henri de Chatillon, al que Diego Rivera, sin piedad alguna, retrata probándose un sombrero de mujer ante el espejo, y el que debe pedir perdón en público por decir en una entrevista: “Las mexicanas tienen las nalgas muy feas”. Otro modisto: Armando Valdés Pieza que viste a María Félix y Dolores del Río, entre pleitos celebrados por la alta calidad de los celos.

Hay anécdotas muy significativas. En una de ellas, un escritor costumbrista famoso, sorprende a su hijo, muy amanerado, contoneán-

dose en el vestíbulo de Bellas Artes. Le grita y lo zarandea. El vástago responde: “Compórtate, papá, ¿no ves que te están viendo los padres de otros jotos? Esos nunca hacen escandalitos”. Un caso (mucho más que eso) es el del boicot a un cantante español, Miguel de Molina, de voz excepcional. De Molina es republicano en la Guerra Civil, durante el sitio de Madrid interpreta el Himno de la República en los teatros, y al triunfo del franquismo se queda en España en situación muy riesgosa. Se prenda de él un marqués, golfo notorio que, al verse rechazado, decide vengarse. Una noche, el marqués y su grupo de rufianes secuestran a Miguel a la salida del teatro, lo pelan al rape, lo golpean salvajemente y le hacen ingerir aceite de ricino. Como puede, Miguel se va de España y se establece en Argentina. Intenta probar suerte en México, y en 1944 se presenta en el Teatro Lírico en el momento de un gran conflicto. Debido a la disputa por la titularidad del contrato, los líderes del nuevo Sindicato de Actores (Mario Moreno Cantinflas, Jorge Negrete y Gabriel Figueroa) se oponen, y anuncian que se presentarán a cancelar el debut. El presidente Manuel Ávila Camacho quiere impedir el pleito y pone bajo vigilancia policial a los líderes. Cantinflas escapa, entra al Lírico disfrazado y cuando Miguel empieza a cantar, se levanta y grita: “¡Maricón! ¡En México nomás cantan los hombres! ¡Lárgate!”. Unos días después, sin haberse presentado, De Molina sale del país.

Los crímenes de odio: “Lo maté por maricón”

Si siempre han existido, sólo a partir de la década de 1940 comienza a notarse la alta frecuencia de los crímenes de odio contra homosexuales. Antes, la hipocresía inmensa reduce al silencio todo lo concierne a los gays, y tal vez por eso —hipótesis complementaria— los crímenes de odio se multiplican al ya comentarse e imprimirse las noticias sobre “lo indecible”, al divulgarse las nociones freudianas y diluirse un tanto la bruma informativa. Entonces, se agudizan el miedo y el asco y el machismo ofendido exige el sacrificio del corruptor.

No obstante las veintenas de gays victimados cada año en todo el país, no hay temores o rachas homicidas que detengan la fiebre del Lique. Al tanto de los riesgos, los gays están seguros: de algo se tiene uno que morir y, además, el sentido del humor adereza la resignación. Según relataba Wencho Mont, uno de sus amigos cada que observaba en los bares a un gay irse con un mayate, canturreaba la trova yucateca:

El día que cruzaste por mi camino,
tuve el presentimiento de algo fatal,
esos ojos, me dije, son mi destino,
esos brazos morenos son mi dogal.

Con cierta regularidad, se cumple “el presentimiento de algo fatal”, y algunos mueren estrangulados por el “dogal” de los brazos morenos, aunque lo usual es la saña de incontables puñaladas. Los amigos, por serlo y por estar en las agendas, sufren detenciones y chantajes, y las familias suelen renunciar a cualquier investigación. ¿Qué ganarían? No se hallará al criminal, el morbo rodeará el caso y algunas víctimas son casados y con hijos. Además, en la prensa se habla de crímenes *de* homosexuales y no, como es casi siempre lo cierto, de crímenes *contra* homosexuales.

Algunos casos son célebres. Menciono cuatro:

—la muerte del sacerdote Fullana Taberner en 1958, asesinado por el luchador Pancho Valentino y dos cómplices. El primer día, la prensa sostiene las “relaciones íntimas” del cura y el luchador. Luego ya no se menciona este vínculo porque el clero oculta la existencia de sacerdotes gays.

—el asesinato del compositor Nico Jiménez en 1959, autor de “Espinita” (“Suave que me estás matando,/ que estás acabando con mi juventud”), en su departamento de la calle Revillagigedo.

—el asesinato en septiembre de 1959 de una prestamista rica, Mercedes Cassola, conocida como “jotera” (mujeres que amistan con gays para sentirse seguras), y de su amante Ycilio Massine, que ejercía la prostitución masculina. El crimen es muy sangriento, a él lo castran y con la sangre de ambos escriben injurias en las paredes. Como de costumbre, los detenidos y difamados son gente gay. Dos de ellos, de inocencia demostrada, pasan varios meses en la cárcel. Y una de las consecuencias del caso es el cierre de los bares gay en la ciudad de México. El regente del D.F., Ernesto P. Uruchurtu o se entera de la existencia de homosexuales en México o cree necesario extirpar el mal impidiendo la reunión de pecadores.

—el asesinato del intelectual italiano Alvisé Querel, en 1968, en su departamento en la calle Estocolmo, cerca del Paseo de la Reforma. El crimen es típico: abundancia de puñaladas, letreros contra la víctima escritos con su sangre. Y la investigación policiaca es inexistente y es maligna. Se detiene a varios amigos de Alvisé cuyos nombres divulga-

dos por la prensa están en la agenda. En un acto de perfecta abyección, el director de Difusión Cultural, el articulista Gastón García Cantú, difama al gran escritor Juan Vicente Melo, hablando de sus orgías (v. revista *Siempre!*)

—los asesinatos del compositor Rafael Elizondo y su primo, apuñalados en su departamento.

“Que es faltar a las leyes honradas/ del hombre y de Dios”

En cualquier etapa, el complemento de la vida gay es la música. La ópera o las canciones populares son al mismo tiempo autobiografía, creación instantánea de estados de ánimo, altares veneradísimos, proveedoras de letra de doble sentido, paisaje acústico de las predilecciones. A los *opera queens* se añaden, en una dimensión casi siempre complementaria, los fans del bolero, un género valorado por su calidad melodramática y su vocación de exceso. Allí se declara lo que difícilmente admiten las conversaciones. En 1953 se conoce el primer éxito de y para *los entendidos*, “Tú me acostumbraste”, del cubano Frank Domínguez, en la versión “desgarrada” y abiertamente melodramática de Olga Guillot:

Tú me acostumbraste
a todas esas cosas,
y tú me enseñaste
que son maravillosas.
Sutil llegaste a mí
como la tentación,
llenando de inquietud
mi corazón.
Yo no concebía
como se quería
en tu mundo raro,
y por ti aprendí.
Por eso me pregunto
al ver que me olvidaste,
¿por qué no me enseñaste
cómo se vive sin ti?

El efecto de los boleros se potencia en escenarios propicios a la dicha del melodrama: cabarets, departamentos a la luz de la madrugada, casas de vecindad. Alguien pone el disco y se desatan el sentimiento y su ideología, el sentimentalismo. Al oírse por ejemplo, el bolero “Prohibido” es enorme el placer de imaginarse viviendo lo indicado por la letra:

Yo no sé si es prohibido,
si no tiene perdón,
si me arrastra al abismo,
sólo sé que es amor.
Yo no sé si este amor es pecado
que tiene castigo,
si es faltar a las leyes honradas
del hombre y de Dios,
sólo sé que me aturde la vida
como un torbellino
que me arrastra y me arrastra
a tus brazos con ciega pasión.
Es más fuerte que yo, que mi vida,
mi credo y mi sino,
es más fuerte que todo el respeto
y el miedo hacia Dios.
Y aunque sea pecado te quiero
te quiero lo mismo,
aunque a veces de tanto quererte
me olvido de Dios.

A lo mejor se alude a un adulterio que alcanza el ateísmo por amnesia, pero lo probable es que se trate de un *affair* gay. Los compositores y letristas “de Ambiente” filtran su experiencia a través de las *torch singers*, o más específicamente, a través de las interpretaciones de María Luisa Landín y de la predilecta, Elvira Ríos:

Querido, vuelvo otra vez
a conversar contigo.
La noche tiene un silencio
que me invita a hablarte,
y pienso si tú también estarás recordando,
cariño, los sueños tristes de este amor extraño...

Los sueños tristes de este amor extraño... La idea de filtrar lo gay calificándolo de “mundo raro” o de “amor extraño” (lo *queer*), es una de tantas estrategias para decir la verdad. Entonces, la marginalidad busca institucionalizar lo inesperado. Además de las pasiones alcohólicas en los cabarets, se programa la ruptura de las inhibiciones, y en cada ocasión se legitiman los inconvenientes de la audacia: “Me desperté y dije: ¿Pero qué hago yo aquí y quién es esta maravilla (o ¿quién es este horror)?”. Un himno del ligue durante décadas es “Una aventura más”:

Yo sé que soy una aventura más
para ti,
que después de esta noche
te olvidarás de mí.
Yo sé que soy una ilusión fugaz
para ti,
un capricho del alma
que hoy me acerca a ti.
Aunque me beses con loca pasión
y yo te bese feliz,
en la aurora que llega
llora mi corazón por ti.
Yo sé que soy una aventura más...

En una cultura machista ¿tiene sentido que un hombre se dirija así a una mujer? La canción sólo se aclara si un hombre se la dedica a otro, como sucede en 1968 con “Strangers in the Night”, (Strangers in the night,/ exchanging glances,/ wanderin’ in the night/ what’s worth the chances...)”)

***El humor: “¿Cómo estás, mi reina?/ Princesa,
porque mamá no ha muerto”***

En la reunión, con espíritu ritual, el anfitrión entona un éxito de Libertad Lamarque:

Loca, me llaman mis amigos,
pues todos son testigos
de mi liviano amor.
¡Loca!...

El humor, un favor de la conversación (Borges), juega un papel esencial. Al fin y al cabo los homosexuales son gays, alegres por definición, que buscan en el ingenio el santuario de su visión del mundo, allí donde la burla de sí es el primer signo de reconocimiento. Las frases se suceden y algunas se instalan como logros:

—(En una discusión teatralizada se hace la mímica de lanzarle un zarpazo al rostro del interlocutor) *Eras* bonita.

—Se fue a Europa sobresaltado y regresó sobrecogido.

—La única mujer que lo ha tenido en sus brazos es su mamá.

—Antes de tener una relación se echaba frascos de perfume en el cuerpo para que lo cogieran *infraganti*.

—Espejito, espejito, dime, ¿quién es la más bonita?/ María Félix, pero tú eres la más necia.

—Lo confundió la costumbre, y en vez de decir “Tengo un hambre atroz”, dijo: “Tengo un hombre atrás”.

—Dedicatoria perfecta:

Aquí debía ir tu nombre,
pero no lo pongo porque es de hombre.

La repetición desgasta los hallazgos verbales que permanecen como señales de la tribu: “Chula de bonita/ Perdón, fui una loca y me ofusqué”. Al semen se le llama “shampú de cariño”, al joven proletario recién ligado se le dice “wash and wear”, en las reuniones, al filo de la madrugada, estalla la procacidad:

Anda que te den, que te den por el culo,
anda por arriba y busca tu chulo,
anda que te den, que te den por atrás,
y verás que nunca te arrepentirás.

(Con música de “Polichinela”)

Los chistes pueden ser pueriles, como los poemitas que se declaman a coro:

Al subir la barca me dijo el barquero,
las niñas bonitas no pagan dinero.

¡Yo no soy bonita ni lo quiero ser
porque las bonitas se echan a perder!

La opresión desemboca en el hablar en femenino, el método donde la diversión se convierte en gozo del oprimido. Del “No merezco hablar en masculino”, se pasa al “Me divierto muchísimo inventándome la identidad”. El travestismo verbal, inevitable, va del autofestejo a

la autocompasión. Y como equilibrio se entonan cancioncitas semipícaras:

El chofer de este camión es un gran manejador,
pero tiene un gran defecto
que le gusta el cobrador.

El chofer de este camión es un gran as del volante,
pero tiene un gran defecto
que le gusta su ayudante.

Cuando la gana llega, la gana gana

¿En dónde comienza la historia de una minoría unida por la naturaleza del deseo y la cultura de las tinieblas sociales? Necesariamente por el Ligue, evidente o discreto, ritual o improvisado. En ese rumor que solía transmitirse de generación a generación, el Ligue es el hábito de reglas muy fáciles de manejar y de riesgos que se olvidan al estallar la lujuria. ¿Cómo se liga, dónde se liga? Novo nos proporciona una información valiosísima sobre el ligue en la década de 1920:

Garantizado el intercambio de miradas, ese lenguaje primero y último de los gays, cualquier lugar es propicio para el Ligue. Lo clásico antes de 1950 es la avenida San Juan de Letrán, donde no es infrecuente ver a gays “de posibles” que, como jugando, lanzan al aire monedas de plata. En 1937, en su poema “Declaración de odio” (de *Los hombres del alba*) Efraín Huerta proporciona la visión machista de la avenida:

Te declaramos nuestro odio, magnífica ciudad.
A ti, a tus tristes y vulgarísimos burgueses...
a tus desenfrenados maricones que devastan
las escuelas, la plaza Garibaldi,
la viva y venenosa calle de San Juan de Letrán.

En su acercamiento a *Los hombres del alba*, “los que tienen en vez de corazón,/ un perro enloquecido”, Huerta enumera a los bandidos, los asesinos cautelosos, los violadores, los profesionales del desprecio, y allí incluye a “los maricas con fiebre en las orejas/ u en los blandos riñones”.

También se liga en la Avenida Juárez (Sergio Magaña aborda el tema en su canción “El Musafir”), y en los balnearios, los bares, los baños de vapor, los cines, los sitios próximos a los cuarteles, algunos cabarets. El Ligue, la ronda incesante de los cuerpos, es el centro de la vida gay, ordenado por una certeza: si lo que se hace no es voluntario, tampoco es involuntario.

Créditos y descritos de la sordidez

¿Qué es *la sordidez*, aquello alejado de las luces de la respetabilidad, lo que impulsa al contacto íntimo con desconocidos, a la aventura riesgosa, a la inminencia del chantaje y el arresto, a las turbias recompensas de la adrenalina, al abandono por unas horas de la personalidad de todos los días, a la conciencia torturada que ve en el castigo su idea fija mezclada indisolublemente con la recompensa? *La sordidez* es lo propio del conjunto que incluye los baños malolientes, las butacas ruinosas de los cines, el piso resbaloso, las ojeadas de apremio, el cinismo valeroso, la mano confianzuda, la mano temblorosa, la pierna que se pega con ansiedad a la pierna contigua, las idas y vueltas por la sala del cine, las películas observadas a ráfagas en los intervalos de la vehemencia masturbatoria...

En *Jacinto de Jesús*, Hugo Villalobos entrevista a buen número de informantes e integra sus relatos en una biografía básica que es individual y colectiva, es de un tiempo y de una psicología de tribu, donde la experiencia de cada uno suele explicar la de todos y a la inversa. “Ni igual, ni semejante, ni distinto”, podría ser un lema que sitúe a cada uno de los personajes de este libro en relación con los demás.

¿Cómo se da el despertar a la opción estigmatizada, a los amores profundos, al revoloteo sentimental, a los desgarramientos y las dudas, a los suplicios producidos por el rechazo cotidiano? Un personaje típico clásico, el migrante elegido por Villalobos, deserta de la comunidad pequeña en pos de las libertades de la gran ciudad, donde entre los estímulos se encuentran el anonimato y el desfogue. El provinciano se acomoda en cuartos y departamentos, se asoma a la capital a través del ligue, y hace de su cuerpo el instrumento del conocimiento. Los saberes de la epidermis se transmiten a la sensibilidad y la imaginación, y si el saber es muy reiterativo también suele serlo la experiencia urbana.

El gay que se urbaniza atraviesa el espacio secreto y público a la vez donde “la raza maldita” se reconoce gracias a la mirada posesiva y la mirada braguetera, y a partir de allí se palpa febrilmente, sitúa su identidad con el apoyo inevitable de la burla y el choteo, se asegura de su lugar en la sociedad atendiendo a los atropellos policíacos, usa del melodrama como intermediación literaria y si no va hasta el límite es porque, en los convenios de su cultura formativa, el límite ha sido su punto de partida.

En este universo de la inmersión erótica y sexual (en el planeta de los ligues circulares), se ubica una de las estrategias de la independen-

cia de la minoría. No es paradoja de segundo orden un idioma intransferible donde también se satisfacen las obsesiones. Tan sórdidas como se quieran, las circunvoluciones del ligue le otorgan a los proscritos el vocabulario básico ya no sujeto a las imposiciones del exterior, ya no dependiente de los vocablos y conceptos que los heterosexuales acuñan a modo de prisiones y cepos de infamia. Al ejecutar las acciones condenadas “por la moral y las buenas costumbres” (en todo caso, faltas administrativas y no delitos), los exiliados de la Respetabilidad encuentran el arma defensiva que es su programa inicial de autonomía.

La homofobia emite las palabras que son decretos de ejecución: *maricón, puto, joto, invertido, desviado, mariposón*. Por demasiado tiempo estas agresiones vulneran cualquier identidad positiva de sus destinatarios, que antes de la lucha por los derechos civiles y la certificación de los derechos humanos, sólo se defienden con los recursos paródicos, mientras más enloquecidos más eficaces. Así, el trámite de normalización de la conducta (hasta donde era posible) le asigna a estos vocablos (demoliciones sucintas) un rol muy distinto. Creados para difamar y pulverizar moralmente, los insultos se convierten en versiones caricaturales, ya no definiciones estrictas.

Ni siquiera la sordidez es fiel a sí misma. De modo instintivo, los exploradores y paseantes de las antiguas salas de cine, vastas y populosas, descubren que, en su urgencia, los monosílabos del deseo vencen o aplazan cualquier censura íntima. *Ande yo caliente y grite la gente*. Hoy, esto comienza a volverse incomprensible, casi desaparecidos los espacios de sombras, borrados por las minisalas que no admiten el viaje incesante de las butacas al baño, de la mano sobre la rodilla propia a la entrepierna ajena, de la luneta a la galería, del miedo a los “ganchos” y los policías, a la reiteración de los movimientos corporales que provocan el arresto, el chantaje, la extorsión. En este punto la experiencia ha sido la madre de la persistencia. En el caso de los cines “de Ambiente”, la víctima solía volver al lugar del crimen.

El gay está al tanto de lo que es porque le gusta lo prohibido. Al inscribir su impulso en la esfera de la fatalidad, no lo que es sino lo que no debió ser, el gay pobre o de provincia ignora sus derechos básicos, y se considera inmerso en una pesadilla. ¿Qué aniquilamiento de las pretensiones más adecuado que el hacinamiento en baños de vapor, en cines de segunda o tercera, en las calles y avenidas que son *ghettos* ambulantes? La sordidez es el más vindicativo de los clósets, y son

precisamente la pena y el gozo que de allí se desprenden los que evitan la observación racional del deseo. A los paseantes en los cines se les podría aplicar lo dedicado por el poeta Carlos Pellicer a su amigo Salvador Novo:

Y así hay noches de luna sin gobierno
en que, para decirnos su amargura,
arroja paraísos al infierno.

Una aclaración pertinente: las criaturas de la búsqueda van a los cines a arrojar sus paraísos (el sueño del amor pleno, el espejismo de la respetabilidad, la resistencia al miedo), porque sólo deshaciéndose de ellos en la oscuridad los recuperan en los estremecimientos del placer. Esto obtiene la mecánica de la represión. Los proscritos vislumbran el *paraíso* en el triunfo sobre las prohibiciones por un minuto, cinco minutos, una hora, una noche, lo que sea. El lema de esta actitud podría ser una frase de un bolero de Consuelo Velásquez: “No quiero arrepentirme después/ de lo que pudo haber sido y no fue”. Y el gay se abisma en el círculo del eterno retorno: siempre liga como por vez primera, la experiencia no le produce madurez sino maña, el terror al castigo desmadeja su voluntad y, para restaurar los daños, nada más tiene a mano el desencanto, la indiferencia, la tortura anímica o el cinismo (en los marginados, el cinismo ha sido entre otras cosas la aspiración a la salud mental).

La sordidez no es sólo el conjunto de atmósferas lúgubres, de escenarios inhabitables, de la impudicia que es la destrucción colectiva del pudor, del autoescarnio que anticipa y neutraliza el escarnio (“But if, Baby, I’m the bottom you’re the top”, dice Cole Porter en una de sus canciones más gay). Luego la sordidez se observa de otra manera. Si los cines son ya templos minúsculos del consumo, si el sida veda las prácticas más salvajes, si las marchas gay en la ciudad de México y Guadalajara obstaculizan la rendición al Qué Dirán, la sordidez pierde su inmenso poder retentivo, así no desaparezca ni se prescinda de sus compulsiones.

Con la pérdida de la juventud, al devaluarse lo que de Objeto Sexual tiene cada persona, el patetismo se adueña de la escena. ¿Cómo enfrentar la conjura de las miradas de rechazo a las que se añade la propia? Con las limitaciones de la edad, el patetismo es simultáneamente la autocrítica, la confesión de vencimiento, la huída por la puerta de la autocompasión y la disculpa social. En el “hedonismo a oscuras”,

entre los resplandores del jadeo, surge la pregunta inevitable: “¿Tú ligarías conmigo”? Y con la respuesta se inicia la asimilación del patetismo. Escribe Villalobos:

Conforme transcurría el tiempo, la soledad y el miedo lo asediaban cada vez más, incluso las sombras mismas se convirtieron en entes siniestros que al igual que él vagaban de callejón en callejón, de parque en parque, de sótano en sótano, de refugio en refugio. Durante mucho tiempo estuvo convencido de que en las penumbras podía librarse, o evadir momentáneamente a la Cuerauáperi, pero a Aurelio, la obsesión y la paranoia lo hicieron dudar de aquella certeza, pensó que en algunas de las sombras estaban transfigurados algunos de los embajadores del destino, quienes lo fiscalizaban. Desde entonces también las sombras le provocaron desconfianza.

Su miedo se acrecentaba, le temía a policías y a cualquier persona que transitaba por las banquetas, a los perros, incluso a su propia imagen que repentinamente aparecía proyectada entre las luces y las bardas, entre las luces y el piso de concreto. Pero había un temor más profundo, el encuentro diario e irremediable consigo mismo, por ese motivo evitaba regresar al vecindario y verse en el espejo.

Esto es parte de la historia invisible.

—continuará—